

---

## **La comunicación política en tiempos de guerra**

Javier Jordán y Manuel R. Torres

Publicado en la *Revista General de Marina*, mayo de 2004. (pp. 589-598)

---

### **Introducción**

La transformación social y política que arranca con la Revolución francesa supuso en el mundo occidental un incremento de la importancia del individuo en sí mismo como soporte indispensable de cualquier esfuerzo bélico. La mera coacción no era ya suficiente para movilizar a la población en unidades militares. Los gobernantes percibieron que sin una identificación mínima del ciudadano con los objetivos y fines de la guerra, sería impensable acometer una empresa bélica con ciertas posibilidades de éxito, sobre todo cuando fuese necesario enfrentarse a un enemigo motivado y dispuesto a asumir, en virtud de un ideal (político o religioso), las cruentas penalidades que implica toda guerra.

Los graves riesgos que implicaba toda guerra para la pervivencia del régimen político, para la propia supervivencia de sus miembros y para su bienestar y opciones de vida más inmediatas hacía necesario desplegar una poderosa campaña de comunicación política (o de propaganda en términos menos eufemísticos) capaz de minimizar los costos psicológicos de todo conflicto bélico y capaz, a su vez, de aunar a todos los ciudadanos en un empeño común.

El presente artículo se concibe como un análisis del modo en que las potencialidades de las modernas tecnologías de la información, y en especial la cultura de la imagen, han transformado y modulado el proceso de comunicación política que se desarrolla dentro de todo conflicto bélico. Se propone, finalmente, una estrategia flexible capaz de adaptarse a una nueva realidad que carece de precedentes y que debe ser entendida en toda su profundidad si queremos garantizar la gobernación democrática en todo momento, incluyendo coyunturas tan graves como las de un conflicto bélico.

### **Avances Tecnológicos y Viejas Realidades**

Fruto de la aceleración sin precedentes en el cambio tecnológico y de un generalizado y progresivo bienestar económico tuvo lugar en los últimos tiempos el alumbramiento de lo que se ha conocido como la sociedad de la información, concepto que -ha grandes trazos- no hace sino mostrarnos de forma insistente la importancia cada vez mayor de la comunicación política en cualquier tesitura.

Las nuevas tecnologías de la información han influido principalmente en tres vías: reduciendo el tiempo de transmisión de la información, minimizando el coste económico de la comunicación e incrementando el

ámbito y complejidad de las mismas. Las emisiones vía satélite, el abaratamiento de los equipos de filmación y retransmisión (accesibles al uso doméstico), junto al número cada vez mayor de horas de emisión en directo de todas las cadenas de televisión, recortaron las ya reducidas posibilidades de control informativo parte de los gobiernos democráticos.

Este novedoso escenario, revestido de toda la complejidad y de la incertidumbre en los resultados propia de la interacción de un número ilimitado de actores, ha sido definido (Libicki, 1996) como "*nueva lógica geopolítica*". Según Martin Libicki cada nuevo medio tecnológico ha conllevado una nueva lógica geopolítica, en la medida que la importancia de ese medio aumenta, no sólo domina al antiguo sino que también lo llega a transformar. De esa forma, cita diferentes ejemplos históricos: con la invención del uso bélico del avión, Gran Bretaña pudo ser atacada directamente desde Europa, anulando la lógica del poderío marítimo. El mismo medio dominó la campaña estadounidense contra Japón. Cuando los misiles balísticos hicieron del espacio exterior un medio del conflicto, ello permitió que tanto los EEUU como la URSS se amenazasen directamente, y este factor domino la confrontación de las superpotencias a lo largo de Europa. De esa forma, este autor opina que las potencialidades de esta nueva sociedad caracterizada por el acceso generalizado a la información había generado una nueva lógica que aún está por definir y sistematizar.

### **La Primacía de la Imagen**

Las nuevas potencialidades comunicativas que han ofrecido los avances tecnológicos han generado una nueva lógica en la actuación de los medios de comunicación audiovisuales y en la manera de concebir su propia misión. El dramático incremento de la televisión en directo, que tuvo su comienzo con la crisis internacional creada tras la retransmisión vía satélite de las manifestaciones de la plaza de Tiananmen en China, marcó el inicio de un predominio del impacto visual y el dramatismo informativo que relegó a un segundo plano el análisis y la comprensión en profundidad del trasfondo de la noticia.

El que los medios hayan concentrado su atención sobre aquellos eventos capaces de generar un tipo determinado de imágenes y contenidos, ha orientado el punto de mira de los medios hacia catástrofes humanitarias y contextos marcados por la violencia (más o menos estructurada). De esa forma, gracias a los noticiarios, la televisión se ha convertido en el intermediario privilegiado a través del cual se establecen relaciones morales entre desconocidos en el mundo moderno. La sensación de proximidad que pueden llegar a generar unas imágenes contempladas desde la sala de estar de cualquier hogar medio, ha llevado a que las relaciones directas entre los pueblos se impusieron a las mediaciones bilaterales entre gobiernos y que, durante un breve intervalo, como señala el historiador Michael Ignatieff se crease "*un nuevo internacionalismo electrónico que unía la conciencia de los ricos a las necesidades de los pobres*" (Ignatieff, 1999: 16). La capacidad de los gobiernos para hacer prevalecer determinados posicionamientos sobre el sentir de la población se ve seriamente afectada, desde el preciso momento en que la televisión reduce espectacularmente el desfase temporal existente entre presión y acción, necesidad y respuesta.

Determinadas características de esta nueva configuración de los medios que han resultado beneficiosas para el desarrollo de una solidaridad a nivel global y para la concienciación acerca de los problemas de los más desfavorecidos se han visto oscurecidas como resultado de determinadas formas de enfocar la realidad.

En primer lugar, la creciente influencia de los medios incrementa la presión sobre los políticos para responder rápidamente a los nuevos eventos, respuestas que suelen ser inmediatas e incompletas, lo que ha generado el que en numerosas ocasiones no se tenga suficientemente en cuenta el contexto y se actúe de forma errónea y precipitada. Dicha problemática, bautizada popularmente como "efecto CNN" (Robinson, 1999) apunta a la inquietante situación de unas elites políticas cada vez más sometidas a los dictados que la contundencia visual y emotiva de determinadas imágenes producen en los espectadores.

Igualmente, no debe obviarse el aspecto estrictamente económico, que determina de una forma casi insospechada el mensaje que los medios ofrecen al público. De esa forma, se ha acusado a los informativos de ignorar situaciones, tales como la escasez de alimentos en determinadas zonas del planeta, hasta que adquieren cierto atractivo visual.

La cobertura en profundidad de un conflicto bélico, con su inevitable despliegue de equipos y corresponsales, es una tremenda inversión económica por parte de las cadenas de televisión, lo que en ocasiones se suele saldar con espectaculares resultados. Así, por ejemplo, en la primera noche de campaña aérea en la operación *Tormenta del Desierto* contra el régimen de Sadam Hussein, la audiencia de la cadena norteamericana CNN saltó de 900.000 a 10.890.000 hogares, un salto del 1000% con respecto a la audiencia de meses anteriores (Dauber, 2001). Pero incluso, en aquellas ocasiones donde una cobertura ambiciosa es un negocio claramente ruinoso en términos económicos, dicho desembolso supone una apuesta de esa cadena para lograr la fidelización del espectador con el medio, de cara a futuros periodos de "normalidad" informativa.

Igualmente, debemos tener en cuenta la dimensión temporal del conflicto, puesto que en numerosas ocasiones el tiempo televisivo "corre" a un ritmo superior al tiempo real de los sucesos bélicos. La necesidad de mantener y acrecentar la atención del espectador con respecto al medio, lleva a este a una desenfrenada búsqueda por la primicia informativa y por la novedad, lo cual genera efectos perversos, tales como su enorme susceptibilidad a los bulos informativos y las noticias sin confirmar. De igual modo, la carestía de novedades informativas puede llevar a los medios a extender una historia tanto como puedan, transformando lo irrelevante en grande, a la espera de nuevo material.

A todo ello debemos sumar aquellos análisis que centran su crítica en la preocupante carga de veracidad que se otorga a toda información basada en narraciones visuales. Así, por ejemplo, el politólogo italiano Giovanni Sartori señala que con la televisión, la autoridad es la visión en sí misma, es la autoridad de la imagen. El proceso cognitivo del ciudadano se centra de

forma casi exclusiva en aquello que procede de sus ojos, olvidando que los ojos pueden engañar tanto como las palabras. El espectador olvida que toda imagen televisada es fruto de la elección de otras personas, y que es resultado de un premeditado proceso de elaboración a través de encuadres, elecciones, omisiones, etc.

La propia publicidad de unos informativos que declaran enfáticamente su capacidad para ofrecer al espectador una imagen veraz, despasionada y objetiva de lo que acontece en cualquier rincón del planeta; contribuye a crear en el espectador el convencimiento de que le es posible conocer en tiempo real todo aquel suceso revestido de algún interés, independientemente de donde tenga lugar. Sin embargo: *"La cámara de televisión entra fácil y libremente en los países libres; entra poco y con precaución en los países peligrosos; y no entra nunca en los países sin libertad. De lo que se deduce que cuanto más tiránico y sanguinario es un régimen, más lo ignora la televisión y, por tanto, lo absuelve"* (Sartori, 1998: 89). Lo que nos debe ayudar a desechar nuestras concepciones acerca de unos medios asépticos, que en ningún caso son un elemento exógeno del contexto que pretenden abordar, y que en demasiadas ocasiones son el resultado de las limitaciones, miedos y miserias comunes a todos los individuos.

### **Nuevos Conflictos, Nuevas Dificultades**

Durante las décadas de los ochenta y noventa tuvo lugar el desarrollo de unas nuevas modalidades de conflicto y de violencia organizada, especialmente en África y Europa del Este, que implicaron una limitación añadida a la ya de por sí difícil relación comunicativa entre gobiernos y ciudadanía. La comunicación política se hizo una empresa prácticamente estéril frente al desafío que suponía hacer accesible la comprensión de unos conflictos bélicos que se nutrían de agravios históricos, mitologías nacionales, ideologías excluyentes, intolerancia religiosa y formas aberrantes de violencia contra la población civil. Evidentemente, las guerras pasadas no habían sido el resultado de causas simples y lineales, pero el hecho de desarrollarse bajo el monopolio exclusivo de la autoridad estatal, con un sistema jerárquico de responsabilidad, en territorios generalmente homogéneos y delimitados, y a través de tropas adecuadamente uniformadas e identificables; permitía a los gobiernos establecer las categorías de "nosotros" y "ellos".

Sin embargo, en los últimos tiempos hemos asistido al nacimiento de una auténtica nueva modalidad de conflicto, más difícil de entender y explicar a través de medios audiovisuales que sólo priman lo que se puede convertir en imágenes. Nos referimos a las que Mary Kaldor denomina "nuevas guerras", que opina son producto de la actual era de la globalización, entendiéndola por ella la intensificación de las interconexiones políticas, económicas, militares y culturales a escala mundial. Para esta autora las nuevas guerras surgen en el contexto de la erosión de la autonomía del Estado y, en ciertos casos extremos, la desintegración del propio Estado, produciéndose de ese modo la desaparición del monopolio de la violencia legítima.

Sin embargo, lo realmente trascendente de estas nuevas guerras de cara a las cuestiones relacionadas con la comunicación política es el hecho de que grandes masas de población podrían considerar que las mismas tienen su desarrollo y existencia en un "espacio virtual". Es decir, el hecho de que en las últimas décadas se haya alejado de forma cierta la amenaza del desarrollo de una guerra en el territorio nacional de los países más desarrollados, lleva a cientos de millones de espectadores procedentes de América del Norte, Europa, Japón y Australia (mayoritariamente) a catalogar lo que son auténticas tragedias humanas como narraciones televisivas cuya capacidad para conmover e incitar a la acción depende directamente de la habilidad y espectacularidad de las imágenes que el noticiario ofrece.

La tendencia a contemplar las conflagraciones armadas como un "espectáculo" alejado de riesgos y consecuencias para el espectador, y cuya único efecto se sitúa en el ámbito de las emociones o los sentimientos, tiende a crear una serie de "vínculos débiles", cuya durabilidad depende directamente de la atención que los medios otorguen al evento, la permanencia de un determinado enfoque o la aparición de un nuevo evento que suscite un cambio de atención.

### **Los Adversarios Asimétricos y El Nuevo Campo de Batalla**

Como gran parte de los especialistas señalan, con toda probabilidad las guerras futuras podrán ser catalogadas como "guerras de cuarta generación", las cuales se caracterizan por su irregularidad, por operaciones asimétricas en las cuales no existe una correspondencia entre los recursos y la filosofía de los combatientes, y donde el énfasis se da en evitar el enfrentamiento directo con fuerzas militares, priorizando el ataque directo contra objetivos culturales, políticos o de la propia población civil .

Los nuevos adversarios asimétricos – aquellos que piensan y se organizan de forma diferente al oponente, en orden a maximizar sus propias ventajas y explotar las debilidades del rival- no han dudado en rentabilizar la evolución en las tecnologías de la información, para integrar esa transformación en su estrategia de guerra. De esa forma, asistimos al ascenso imparable de un nuevo campo de batalla, que tiene su espacio en el ámbito de la información y de los medios de comunicación, y que será convenientemente aprovechado por aquellos que de esta forma pretenden compensar su desigualdad en recursos militares.

El uso de los medios de comunicación y de la comunicación política como arma de guerra ha tenido en los últimos tiempos numerosas manifestaciones. Así, por ejemplo, dos de los conflictos definitorios de la era de la post Guerra Fría – las guerras de Yugoslavia y el genocidio de Ruanda- ofrecieron un uso indebido de los medios de comunicación, los cuales incitaron al abuso de los derechos humanos de la forma más abyecta.

Los adversarios asimétricos utilizarán el "espacio público" que brindan los medios de comunicación de cualquier sociedad abierta para deslegitimar las instituciones políticas representativas, poner en duda la rectitud de las motivaciones que guían las orientaciones de los políticos, socavar el apoyo

que los ciudadanos brindan a sus representantes y, en definitiva, imponer progresivamente entre la ciudadanía un relato que justifique la existencia y los fines de ese grupo o facción.

El que el escenario del conflicto sea concebido como algo que tiene una existencia "virtual", en el sentido de que el ciudadano-espectador no percibe los riesgos de la guerra, puede llevar a la hiriente paradoja de que las democracias avanzadas sean los regímenes más propensos al uso de la fuerza militar y de la lucha, sobre todo si la causa se justifica en nombre de los derechos humanos y la propia libertad. Resulta de nuevo interesante la reflexión de Ignatieff cuando dice que *"La guerra se convierte en virtual no solamente porque tiene lugar en una pantalla sino también porque recluta a la sociedad virtualmente. Nada de lo verdaderamente importante está en juego: ni la supervivencia nacional ni el destino de la economía. Cuando la guerra se convierte en un deporte de espectadores, los medios de comunicación son un decisivo teatro de operaciones."* (Ignatieff, 2001)

Toda aquella estrategia comunicativa que pretenda tener éxito en un contexto caracterizado por la amenaza o el uso masivo de la violencia, debe tener muy presente que vivimos en un tipo de sociedad que se caracteriza por lo que Castells denominó "cultura de la virtualidad real" (Castells, 2001). Es virtual porque está construida principalmente mediante procesos virtuales de comunicación de base electrónica, pero es real (y no imaginaria) porque constituye nuestra realidad fundamental, la base material con la que vivimos nuestra existencia, construimos nuestros sistemas de representación, hacemos nuestro trabajo, nos relacionamos con los demás, obtenemos información, formamos nuestra opinión, actuamos en política y construimos nuestras esperanzas. El que sea principalmente a través de la virtualidad como la sociedad procesa su creación de significado, implica que las instituciones estatales obraran en pie de igualdad con infinidad de actores (movidos por motivaciones más o menos legítimas) que pugnan por el predominio perceptivo dentro de este espacio virtual.

### **Hacia Una Gran Estrategia**

A pesar de la importancia creciente de la dimensión informativa de la guerra, todavía se carece de una "gran estrategia" al respecto. Así, por ejemplo, los Estados Unidos a pesar de poseer un apabullante dominio tecnológico y mediático del campo de batalla, muestran significativas carencias a la hora de proyectar ese poderío en una estrategia de diplomacia pública convincente.

Dicha gran estrategia, si pretende resultar exitosa, deberá tener muy presente las características específicas del nuevo tipo de sociedad sobre la cual pretende ejercer su influencia. Las sociedades del presente son sustancialmente diferentes a las generaciones de otras guerras. Dándose un marcado individualismo que convive con identidades y valores en algunos casos transnacionales (que priman más el bienestar individual o los derechos humanos que los propios intereses nacionales). El politólogo francés James Rosenau ha intentado resumir estas tendencias inventando una nueva palabra: "fragmeegración" (citado en Nye, 2003: 93), para expresar la idea de que tanto la integración en identidades mayores como la

fragmentación en comunidades más pequeñas puede ocurrir al mismo tiempo.

Sin embargo, si queremos "ganar" la dimensión informativa de los conflictos futuros necesitaremos de una "gran estrategia", de un planeamiento general lo suficiente flexible como para afrontar diferentes realidades complejas.

En primer lugar, se deberá intentar mantener y consolidar la legitimidad ante la propia población, y en la medida de lo posible, ante los aliados y terceros países. El hecho de que la legitimidad descansa sobre elementos inmateriales fuertemente enraizados en la cultura política del individuo y de la sociedad, hace de este concepto un elemento central en la lucha por la dimensión informativa del conflicto. Las democracias occidentales deberán ser conscientes de que la evolución social y la, por ahora, impredecible dinámica de la globalización han creado una base cultural notablemente diferente a la que sirvió de base para asentar la legitimidad del sistema político representativo. La legitimidad percibida del actual sistema democrático liberal no es inalterable, y el sometimiento a los más escrupulosos procedimientos formales no será suficiente para perpetuar el sistema, en la medida en que nuevos valores (como el poder de las encuestas y sondeos para determinar el sentir popular) vayan ganando terreno a los fundamentos teóricos de la representación política. De ahí, que la lucha por la legitimidad sea un objetivo prioritario para aquellos adversarios que pretendan neutralizar los recursos materiales de una nación incidiendo sobre aquellos elementos inmateriales que hacen posible su movilización: la legitimidad "percibida" con la que cuenta un gobierno para utilizar todos los recursos a su alcance, incluyendo la fuerza militar. Las sociedades libres no deberán tener ningún tipo de complejo o escrúpulo a la hora de implementar contra-estrategias de deslegitimación de adversarios que no respeten los fundamentos de la convivencia y el respeto a los derechos del ciudadano.

En segundo lugar, es necesario mantener el mayor grado de soberanía posible sobre el proceso de toma de decisiones. Aquello que constituye un elemento de salud y fortaleza democrática, como es la participación cada vez más amplia y constante de la ciudadanía en el proceso de toma de decisiones, puede llegar a convertirse en una vulnerabilidad en la medida en que determinados actores intenten manipular el proceso para conseguir una serie de fines que perjudican al conjunto de esa sociedad. Los decisores políticos deberán saber calibrar el peso de las orientaciones procedentes de un espacio público, que se encuentra al alcance de la influencia perniciosa de una serie de actores que no dudarán en utilizar las virtudes de una sociedad abierta para acabar con ella desde adentro.

En tercer lugar, se debe tener en cuenta el hecho de que la lucha por la legitimidad gira en torno a valores aceptados por la mayoría, de ahí que se deba lograr su extensión a nivel mundial, incluyendo las sociedades que constituyen el sustrato de apoyo del adversario. Es necesario, ahora más que nunca, ser coherente con esos valores y calcular los costes de políticas egoístas sobre los efectos a largo plazo de la gran estrategia. Esto supone

una verdadera revolución respecto a la política inmoral que tradicionalmente han llevado a cabo los diferentes gobiernos.

Es necesario un auténtico esfuerzo pedagógico, para que la sociedad en su conjunto entienda cómo se pueden ver afectados sus intereses personales y colectivos tanto con actitudes intervencionistas como con posturas aislacionistas. Aunque para ello se deba acudir a un lenguaje propio de un entorno audiovisual (con la correspondiente primacía de lo visual y emotivo) pero lo suficientemente rico en contenidos racionales como para lograr su permanencia en el largo plazo.

Como se ha señalado anteriormente afrontar una empresa bélica, dentro de un "régimen de opinión", implica la necesidad de alcanzar una amplísima mayoría que sustente una postura unificada y coherente en todo momento. Toda guerra empuja a cualquier sociedad a situaciones "límite" que amenazan su unidad, de ahí que la existencia de espacios de disenso pueda ser utilizado por elementos antisistema e hipercríticos que busquen ahondar las "fracturas" para neutralizar la base apoyo popular del poder y forzar la alteración del orden político. Mantener el prestigio de las instancias políticas, es una tarea ardua en un entorno donde es más sencillo destruir la reputación que merecerla. Los medios se han convertido con demasiada frecuencia en poderoso canal de transmisión de rumores y sospechas que penetran fácilmente en una sociedad escasamente crítica y formada. Ello implica, pues, que la credibilidad se convierta un recurso escaso y en una valiosísima fuente de poder, de ahí que las pugnas políticas tengan por objeto la creación y destrucción de la misma.

Finalmente, ni es posible (ni deseable) ejercer un control sobre los medios de comunicación, pero sí que se puede ejercer una influencia cierta sobre cómo elaboran sus mensajes y de qué temas se ocupan. La relación entre los antagonistas políticos y los medios de noticias puede describirse como una "simbiosis competitiva" (Wolsfeld, 1997) en donde cada parte de la relación tiende a explotar al otro intentando tener el menor costo posible. Será, por tanto, necesario desarrollar una hábil política de relación con los medios de comunicación, que les conciencie sobre su determinante papel y sea capaz de sumarlos al esfuerzo común de hacer frente a las amenazas globales.

## **Conclusiones**

La comunicación política experimentará, con toda probabilidad, un aumento creciente de su importancia en los próximos años. En la medida en que en los ciudadanos de las modernas sociedades occidentales sigan teniendo asegurados un umbral cada vez mayor de bienestar material, la política será cada vez más el ámbito de lo "percibido", más que el ámbito de lo "experimentado". El hecho, por ejemplo, de que las oscilaciones económicas y políticas tengan cada vez una influencia menor en la esfera vivencial del individuo, determina que las pugnas por el poder y el favor popular tengan desde el ámbito de las realizaciones y las medidas concretas, al ámbito de la "eficacia percibida" y lo emotividad. De forma análoga, en el campo de la seguridad y la defensa, el hecho de que un conflicto armado en territorio nacional sea contemplado como una posibilidad remota, implica que los futuros riesgos para la seguridad

colectiva se moverán igualmente en el campo de lo que se "perciba" como una amenaza. De esta forma, unos medios de comunicación que prioricen la actualidad informativa de determinados asuntos en función de la disponibilidad de un material audiovisual cargado de efectismo visual y dramatismo, determinaran una percepción de los problemas de seguridad y defensa no necesariamente correspondientes con las prioridades y los intereses de un país.

La comunicación política será el elemento central en tiempos de guerra. Deberá asumir una función pedagógica y orientadora en un contexto caracterizado por un menor control del Estado en sus propias estrategias, en una realidad más compleja donde los líderes políticos tendrán un menor grado de autonomía para decidir sus acciones y donde deberá compartir "escenario" con un número creciente de actores. Sólo a través del cumplimiento de una coherente estrategia hacia los medios que refleje un empeño decidido por conservar la iniciativa, podrán los gobiernos hacer frente a las nuevas amenazas conservando íntegros su legitimidad y capacidades.

## **BIBLIOGRAFÍA**

CASTELLS, MANUEL. (2001), La galaxia Internet, Barcelona, Areté.

DAUBER, CORI. (2001), "Image as Argument: The Impact of Mogadishu On U.S Military Intervention", Armed Forces & Society, Nº2 Vol. 27, pp. 205-229.

IGNATIEFF, MICHAEL. (2001), "Guerra virtual", en LEGUINECHE, MANUEL y SÁNCHEZ, GERVASIO, Los ojos de la guerra, Barcelona, Random House Mondadori.

IGNATIEFF, MICHAEL. (1999), El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna, Madrid, Taurus.

JOWETT, GARTH S. y O'DONNELL, VICTORIA. (1992), Propaganda and Persuasion, Newbury Park (California), Sage Publications.

KALDOR, MARY. (2001), Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global, Barcelona, Ed. Tusquets.

KAUFMAN, EDWARD. (2002), "A Broadcasting Strategy to Win Media Wars", The Washington Quarterly, Nº 2 Vol. 25, pp. 115-127.

LIBICKI, MARTIN. (1996), "The Emerging Primacy of Information", Orbis, pp. 261-276.

NYE JR, JOSEPH S. (2003), La paradoja del poder norteamericano, Madrid, Taurus. ROBINSON, PIERS. (1999), "The CNN effect: can the news media drive foreign policy?", Review of Internacional Studies, Nº 25, pp. 301-309.

SARTORI, GIOVANNI. (1998), Homo Videns. La sociedad teledirigida, Madrid, Taurus.

THOMPSON, MARK y PRICE, MONROE E. (2003), "Intervention, Media and Human Rights", Survival, N° 1 Vol. 45 N° 1, pp. 183-202.

WESTERN, JON. (2001), "Sources of Humanitarian Intervention. Beliefs, Information, and Advocacy in the U.S. Decisions on Somalia and Bosnia", International Security, Vol. 26 No. 4, pp. 112-142.

WOLSFELD, GADI. (1997), Media and political conflict. News from the Middle East, Cambridge, Cambridge University Press.